

Del campo a la ciudad, fue la decisión de Melissa por darles un mejor futuro a sus hijos



El amor por sus hijos le dio la fuerza a esta madre para abrigar un mejor futuro.

Con una gran sonrisa, así recibe Melissa a sus visitas. Son las 8:30 de la mañana, es un fin de semana y esta madre de familia antes de dirigirse al mercado, limpia el frente de su casa, da los buenos días a sus tres pequeños hijos, hace un recorrido por la cocina para saber qué comprar, prepara el desayuno y se despide cariñosamente “ya mismo vengo, los amo”, dice.

Melissa cuenta que vivía en una comunidad cercana a Mataje, junto a sus padres, quienes se dedican a la ganadería y agricultura; recuerda la satisfacción que sentía al despertarse con el sonido de la naturaleza, hasta darse un chapuzón en el río que divide la frontera entre Ecuador y Colombia; pero su voz se apaga por segundos, respira profundo y dice: “por ahora no pienso regresar a ese lugar, por la seguridad de mi familia; fueron noches de sufrimiento”, haciendo mención a los conflictos entre militares y desmovilizados.

De ese acontecimiento prefiere no hablar, se siente incómoda, hace una pausa y decide cambiar la conversación. Rápidamente recuerda el tiempo transcurrido y el valor que tuvo al tomar la decisión más difícil de su vida. Salió de su comunidad sin ningún objeto material; fue en busca de refugio en un albergue del santuario en San Lorenzo, donde al poco tiempo llegaron más familias que vivieron su misma historia.

Durante su estadía en el albergue participó en varias actividades para convivir de manera saludable con las otras familias, aunque le costó adaptarse a los cambios, logró superar esta barrera gracias a la ayuda psicosocial que recibió de instituciones nacionales como los ministerios de Inclusión Económica y Social, Educación, Salud, e instituciones internacionales como la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y la Fundación HIAS.



A Melissa le gusta preparar alimentos para sus hijos, siempre procura conseguir frutas y verduras para garantizar su nutrición.

El tiempo trascurrió y Melissa al mando de su familia, decidió dejar este hogar de tránsito temporal y arrendar un departamento en otra ciudad para iniciar una nueva vida. Ella conoce de cerca el dolor y la angustia que sienten los seres humanos cuando algo les aqueja, pues se preparó para ser enfermera y continúa trabajando como tal. Aunque confiesa que a momentos siente temor, se entrega a su profesión como a su familia, con amor.

El reloj marca las 10 de la mañana, Melissa retorna a su casa después de una larga conversación, deja las fundas en el mesón y toma asiento para descansar y continuar el diálogo, revisa su celular, observa unas cuantas fotos y comenta “extraño las actividades que compartía junto a mis hijos”, pero reconoce que la solidaridad trasciende todas las fronteras, porque la gente le colaboró en todo momento.

“Quiero que hayan fuentes de trabajo especialmente para los jóvenes; Mataje y sus alrededores tienen paisajes hermosos, gastronomía y cultura donde se asienta la nacionalidad Chachi, debería ser explotada en el área turística”, asegura y agrega que las personas no deberían atemorizarse por escuchar el nombre de la parroquia, “deben saber que allí vive gente buena, trabajadora y que lucha por salir adelante”.

“Estoy agradecida con Dios por permitirme vivir y estar con mi familia, soy feliz y sigo luchando día a día para salir adelante. Las visitas del personal del MIES, me ayudaron a salir de la depresión y me motivaron para seguir trabajando y apoyando en la comunidad donde ahora vivo”, concluye. 